

20 años cumple el proyecto pastoral de Medellín

VER AL CONTINENTE CON LOS OJOS DE DIOS

La Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano tuvo lugar en Medellín del 26 de agosto al 6 de septiembre de 1968. A los 20 años de su realización este acontecimiento sigue siendo para nosotros un milagro y un reto. Un milagro por el grado tan elevado de audacia y creatividad, y un reto porque aún queda muchísimo por asumir, tanto de los discernimientos que realizó sobre la situación latinoamericana como de sus propuestas concretas sobre la sociedad y sobre la Iglesia.

Medellín se propuso ser y fue la latinoamericanización del concilio Vaticano II. Se ha repetido que el Concilio tomó de sorpresa a la Iglesia latinoamericana y que por eso su participación en él fue absolutamente marginal. ¿Quién podría esperar que a tres años escasos de su clausura una asamblea de obispos latinoamericanos iba a asumir lo mejor de su impulso y, superando lo que podría calificarse de optimismo de los satisfechos por la inmersión en la Pascua histórica del continente, llevarla a su consumación el espíritu conciliar? Pero lo imposible pasó.

El designio salvador de Dios se realiza en la única historia humana. La luz del Concilio pedía auscultar los signos de los tiempos desde esta perspectiva unitaria. La Iglesia está para revelar el misterio del amor de Dios al hombre y para ponerse al servicio de la humanidad en la única tarea de hacerse humana según el plan creador de Dios que culmina en Jesús que en un solo gesto revela al ser humano el rostro de Dios y el rostro del hombre.

Eso fue lo que hizo Medellín. Se atrevió a mirar al Continente con los ojos de Dios. No mediatizó su visión por sus intereses institucionales o por los dictados de quienes por ser dueños del poder político, económico y militar imponían su propia perspectiva. No se atuvo a sus propios estereotipos. No se detuvo a calcular las consecuencias de su lenguaje y de sus propuestas. Trató más bien de escuchar y obedecer. Se preguntó qué dice el Espíritu a estas Iglesias. Y a fuerza de orar y de salir de sí sintió que en la asamblea se había renovado el misterio de Pentecostés. Sintió la fuerza del Espíritu, su luz y su calor y por eso fue capaz de proclamar un evangelio: la buena noticia de Jesús para América Latina hoy. La prueba de que no buscó alagar sino proclamar el evangelio de Jesús sin ahorrarse el misterio de su Cruz es que Medellín fue un escándalo, una bandera discutida, y a la propia Iglesia una espada de dolor le atravesó el corazón. La buena nueva tomó la figura de la profecía. La voluntad de Dios sobre América Latina incluía unos nos rotundos que provocaron en los afectados rechazos y rompimientos, pero proponía también caminos para todas las personas de buena voluntad y desde luego para la propia Iglesia.

Ordinariamente las personas tenemos aguda conciencia de nuestros límites y más aún de las limitaciones que impone la situación y por eso medimos nuestra palabras y

más aún nuestras tomas de posición. Mucho más que los individuos calculan las instituciones, inconscientemente buscan primero perdurar y luego, en tanto es compatible con ello, realizar su cometido. Así nos suele pasar también a cada cristiano y a la institución eclesial. Pero algunas veces en la historia se realiza el milagro de la libertad espiritual, del hablar y el obrar incondicionados que por eso abren caminos y se convierten en paradigmas. Este acontecimiento tuvo lugar en Medellín. Por eso, su poder suscitador y su larguísimo alcance.

AL SERVICIO DE UNA NUEVA EPOCA

Al ver América Latina con los ojos y el corazón de Dios fue capaz Medellín de percibir que el Continente estaba entrando en una época nueva. La situación, lo establecido, el orden institucional se presenta ante sus ojos marcado por tales injusticias que configuran una situación de pecado. La primera violencia que desgarró al continente es ésta: la violencia institucional. Las instituciones económicas, políticas y sociales hacen violencia al pueblo. Pero esta violencia no es todavía suficiente para contenerlo; de ahí la segunda violencia: la de la represión de los cuerpos de seguridad. Esta situación equivale a un rechazo del don de la paz que trae el Señor, más aún significa un rechazo del Señor mismo. Pero por debajo de esta situación bulle una fuerza potente: el sordo clamor de los pueblos que no sólo reclaman su justa liberación sino que se movilizan para lograrlo. Y en ese anhelo y en esas energías ve Medellín el paso del Señor que salva. Ese paso, tan dramático, de condiciones de vidas menos humanas a más humanas es una Pascua histórica, nos establece en tiempos de Exodo. Así queda definida la novedad de nuestra época.

Y quienes así definen, desde la perspectiva de Dios, la edad en que está nuestro tiempo americano se comprometen también a servirlo. De aquí brota la propuesta central de Medellín: acompañar al pueblo en su tarea de convertirse en sujeto histórico: "Alentar y favorecer todos los esfuerzos del pueblo por crear y desarrollar sus propias organizaciones de base" (2,27). Desde ellas ha de participar el pueblo en la creación de la nueva sociedad (1,7). Se especifican las organizaciones sindicales (1,12), campesinas (1,14), indígenas (4,3). También el educando tiene que ser sujeto de su propio desarrollo (4,8.13). En definitiva, como respuesta a la violencia institucionalizada y represiva, los obispos desean que el pueblo venza a la tentación de responder con la misma violencia: "ansiamos -dicen- que el dinamismo del pueblo concientizado y organizado se ponga al servicio de la justicia y de la paz" (2,19).

Pero este evangelio al pueblo y la tarea de acompañamiento y servicio que lleva aparejado sólo puede ser realizado por una "Iglesia auténticamente pobre, misionera y pascual, desligada de todo poder temporal y audazmente comprometida en la liberación de todo el

hombre y de todos los hombres" (5,15). Por eso Medellín dedica uno de los documentos más coherentes, concretos y exigentes a la Pobreza de la Iglesia (Nº 14). En este temple espiritual quiere Medellín introducir a los sacerdotes y religiosos para que, entrando en un profundo proceso de conversión (con el costo social y personal que entraña) puedan resultar servidores idóneos del pueblo latinoamericano desde los planes de Dios. A perfilar esta institución eclesial dedica Medellín dos sustanciosos documentos (Nºs 11 y 12). Pero lo que se levantó desde otro horizonte difícilmente logra entrar con entera congruencia en el nuevo. Por eso se aboca con ahínco a la adecuada formación del clero (Nº 13). Esta Iglesia pobre sí puede tener los ojos limpios para proponer la verdadera doctrina. Por eso el documento sobre Catequesis (Nº 8) es tan profundo y tan retador. Esta Iglesia está capacitada para proponer una pastoral de conjunto que parte del misterio de comunión católica que pide "compartir la responsabilidad y el trabajo para realizar la común misión y dar testimonio del Dios que los salvó y los hizo hermanos en Cristo" (15,6). Una pastoral de conjunto que se inicia en las comunidades cristianas de base y que incluye las diversas instancias y ministerios que "deben constituirse y actuar en forma solidaria" (15,7). Por eso, el método: "un continuo diálogo apoyado en la dinámica de grupo y en una revisión sobre la acción (...) tendiente a crear un auténtico sentido comunitario, sin el cual es totalmente imposible una genuina pastoral de conjunto" (15,35). Con 20 años de perspectiva esas nos parecen ser las líneas maestras de la novedad del Espíritu que nos trajo Medellín.

ACTUALIDAD DE MEDELLIN

Es claro, tras este sumario recorrido, que Medellín no sólo fue. Medellín es. La actualidad de Medellín estriba en que ese acontecimiento todavía sigue dando de sí. Y ahora es que falta. Por eso Medellín tiene futuro: es todavía proyecto, un hito arrojado hacia adelante y en cuya prosecución caminamos, y al caminar nos vamos haciendo humanos según el plan de Dios. Nos realizamos como Iglesia. Por eso Medellín es ya, más que una reunión de obispos y los documentos que emanaron de ella, mucho de lo mejor de las realizaciones de nuestra Iglesia latinoamericana. A Medellín lo llevamos puesto; es nuestro quehacer.

Dicho en otras palabras, Medellín es el proyecto pastoral de liberación. Por eso era normal que lo aprobara el Vaticano. Por eso el Papa dio el encargo a los obispos brasileros (que corporativamente se han consustanciado con este proyecto) de difundirlo, custodiarlo y sobre todo colaborar a su cabal realización.

EL PROYECTO MEDELLIN EN VENEZUELA

En Venezuela Medellín nos agarró a desmano. Los planteamientos de Medellín eran válidos para nuestra Iglesia, pero no tuvimos ojos para verlo así. El proyecto pastoral emergente en ese entonces era el de la Nueva Cristiandad, comprometido con la promoción popular para lograr el desarrollo integral y para integrar a los

marginados en una institucionalización que se juzgaba satisfactoria. Por si fuera poco, este proyecto emergente cabalgaba sobre el de Restauración de la Cristiandad cuyo mentor fuera, a caballo entre ambos siglos, Monseñor Castro y que con la firma en 1964 del Modus Vivendi había alcanzado el reconocimiento oficial de su madurez histórica. Este momento eclesial (con Rafael Caldera en la Presidencia y una situación económica expansiva) no era propicio para juzgar como pecado el orden establecido y apoyar el surgimiento de las organizaciones de base desde un cambio de lugar social de la institución eclesial. Los partidos y sindicatos parecían a muchos las organizaciones naturales del pueblo venezolano; y la institución eclesial, reconocida al fin entre las "fuerzas vivas", se esforzaba porque los marginados entraran en el lugar social amparado por las instituciones, en el orden establecido. Por eso los tímidos intentos de protesta y contestación fueron desautorizados y reprimidos. El proyecto de Medellín tuvo que concharse bien pronto en reductos, tolerados por su carácter residual, en los que se incubó en una larga y penosa gestación, cuyo primer fruto fue la transformación de los propios agentes pastorales.

En realidad fue la preparación de Puebla la que dio a conocer Medellín. Fue un momento fecundo en el que los aportes capilares de muchísimos grupos y organizaciones intermedias hallaron cabida en la comisión preparatoria de la Conferencia Episcopal, tal como se había pedido a nivel latinoamericano. Se preparó un documento que reflejaba ese nuevo estado de ánimo y esa realidad pastoral que surgía en nuestra Iglesia. Pero a última hora el documento no tuvo luz verde. Sin embargo, tras el espaldarazo a Medellín que fue la Conferencia de Puebla, la difusión de Puebla fue por eso la expansión del proyecto pastoral de Medellín.

El viernes negro (18-2-83) destapó lo que la bonanza y la propia dinámica institucional habían ocultado. El documento de la CEV sobre el desempleo es el hito más alto de la asunción eclesial de esta realidad. Esta percepción de los pastores fue solemnemente referendada por el Cardenal en la defensa que hizo de los curas y religiosas de Petare, acusados por el Ministro del Interior de revulsivos. La carta pastoral de Monseñor Núñez con motivo del 1º de Mayo de este año en la que pide a los trabajadores "buscar la unidad y la solidaridad entre ustedes mismos" y descubre la farsa sindical y pide a los trabajadores "organizar en sus propias asociaciones, sus sindicatos, sin interferencia de afuera" es el mayor refrendo oficial a la proposición fundamental de Medellín que no es otra que la colaboración de la Iglesia para que el pueblo sea el sujeto de su propia liberación.

Entre tanto muchos agentes pastorales, grupos, incluso instituciones han venido avanzando por este camino abierto por Medellín. Para bastantes de ellos es ya su camino, es decir no saben hacerlo de otro modo, es el único modo posible para ellos de ser cristianos. A 20 años de Medellín ya está lanzada en nuestra tierra su propuesta. En muchos lugares aún no es una propuesta acertada sino tan sólo tolerada, en algunos incluso perseguida. Quisiéramos que fuera de otro modo porque en ello se juega la vida de la gente, que es el fin de nuestra misión. Pero comprendemos lo que pasa y no nos escandalizamos de ello. Sólo pedimos que prevalezca el criterio de Gamaliel (Hch. 5,33-40)